

«de que el pensamiento del individuo no es social, pero que otros individuos coinciden en pensar del mismo modo, y entonces aparece la sociedad», hago un alto inmediatamente. Si hubiera dicho, «entonces el pensamiento deviene útil como materia social, en cuanto las actitudes que excita tienen valor personal», expresaría fielmente lo que yo expongo en el pasaje á que hace referencia.

Tomemos un caso de la fisiología. Supongamos que un escritor pregunta cómo se verifica el desarrollo fisiológico. Encuentra que hay un orden de cambios que producen los resultados morfológicos. Estos cambios pueden considerarse química ó físicamente. En la Parte I trata de la química animal; en la Parte II de su obra trata de los cambios funcionales fisiológicos. Ahora bien, ¿es reo de un *circulum in definiendo*, al decir que los cambios funcionales, que sólo pueden definirse desde el punto de vista fisiológico, exigen ciertos y determinados cambios químicos, ó que los cambios químicos en el órgano dependen de la acción fisiológica del órgano? ¿Podremos decir que el admitir los cambios químicos le convierten en un «atomista» en su morfología, que su admisión de los cambios funcionales le convierten en un «organicista», y que este intento de unir ambas cosas no hace más que patentizar su antagonismo? Creo que su respuesta sería, que todo el que conoce el problema real de la evolución, tal como los hechos lo plantean, verá que el desarrollo del organismo es efectivamente—materialmente algo de esta especie de superior *organización de la materia química en forma fisiológica*. Y si alguien insistiese en que es un atomista, podría replicar: «¡Quitáos de enmedio; leedme de nuevo! Y si tú, mi crítico, eres por casualidad un filósofo, te aconsejo que examines antes la teoría de Aristóteles sobre la «materia y la forma».

El Profesor Dewey dice: «Cómo una materia que no es en sí social (las invenciones del individuo) puede devenir socializada por un proceso (la imitación) que tampoco es social, es cosa que no comprendo»; pero esto es precisamente lo que

ocurre donde quiera que un orden inferior de hechos se eleva á una organización superior. Es lo que ocurre en la fisiología y lo que ocurre aquí. La imitación no es social, á no ser que constituya el medio para organizar cierta clase de material, y éste no es social si no está organizado imitativamente. Las ideas del yo organizadas imitativamente afirmo que son la esencia de lo social (1).

Volviendo á la necesidad de tomar el punto de vista genético—el otro punto general—encuentro al Pr. Dewey igualmente fuera del asunto (2). He subrayado una segunda cláusula en la frase que cita de mi libro para probar el círculo fatal; yo digo: no podemos obtener ninguna idea exacta del socius, *en ningún momento*, sin describir las condiciones sociales en que normalmente vive, etc. Las palabras «en ningún momento», indican lo que todo el libro dice claramente desde el prefacio hasta la última página. Si fuéramos á suponer un individuo formado de una vez, por un lado, y una sociedad hecha en un momento, por otro, y un antagonismo entre ellas, que nosotros debiéramos suprimir de algún modo—á todo lo cual yo he llamado (*Soc. Int.*, página 88) una «monstruosa irrealidad»—entonces naturalmente no podríamos permitirnos explicar ninguna de ellas «en ningún momento» ó grado de evolución como conteniendo elementos de la otra en algún otro grado de la evolución. Pero si estudiamos un progreso, una evolución genéticamente, y hemos determinado ya la esencial inter-dependencia de los elementos que entran en él, no solo es legítimo, es necesario para llegar á la verdad, que descubramos en cada grado, «en cualquier momento», la parte con que cada uno de los elementos contribuye al movimiento total. La evolución del individuo como persona es un hecho, á mi juicio, á la vez

(1) Llamando «compañía» al resultado de la cooperación gregaria instintiva, como opuesta á la «sociedad».

(2) Hay una diferencia singular, sin embargo, en este respecto entre la revista que discutimos y el artículo de *New World*.

personal y social, y la situación social es en cada momento reflejo de la evolución de la personalidad individual. Así una investigación genética necesita precisamente hacer resaltar el zig-zag de la curva espiral de esta evolución única, mirando, ya á la sociedad desde el punto de vista del individuo, ya al individuo desde el punto de vista de la sociedad. También es materia de asombro para mí que un individuo de la escuela Hegeliana sostenga por un momento que la oposición en los elementos de un grupo complejo de fenómenos deba considerarse estrictamente estática—no resoluble en una unidad superiormente organizada. Defender semejante opinión equivaldría á condenar toda la teoría evolucionista; y—lo que sería una pena merecida para mi crítico—sería destruir la Filosofía del Espíritu y la Filosofía Natural de Hegel. Tanto cuidado he tenido yo de que mi libro no parezca caer en esta confusión, que voy á insertar aquí el siguiente extracto del informe del Profesor Höffding á la Academia Dinamarquesa, en el cual se explica el *método* de mi obra (1):

«... Las memorias parecen corresponder..., á tres categorías... La tercera categoría contiene una sola memoria... Por el método que emplea, arroja nueva luz sobre la solución de la cuestión propuesta, y por consiguiente, avanza bastante hacia esa solución... Esta... obra comienza con una investigación acerca de las relaciones entre el individuo ó la sociedad. Procediendo por observación ó análisis, el autor estudia el desarrollo de la conciencia en el individuo, refiriéndose á la vez este estudio á aquel aspecto de la conciencia que toca á la existencia puramente individual y al que toca á la sociedad, grande ó pequeña, á que el individuo pertenece.. Una idea fundamental, que trata de establecer con ayuda del método genético, es la de que existe correspondencia y relación constante entre la parte puramente individual

(1) *Bulletin of the Royal Academy of Science and Letters of Denmark*, para el año de 1896, publicado en Mayo de 1897, páginas VII-XVII.

de la conciencia de una persona y la que desarrolla bajo el influjo de la sociedad. Desde el principio, el concepto que el individuo forma de su *ego*, está construido según el patrón de lo que aprende de los demás, ó de lo que adopta de los demás por imitación, y los conceptos así formados vienen á su vez á determinar los conceptos que forma de los demás y lo que espera de ellos. O empleando la terminología del autor, existe cierta reciprocidad ó circulación constante, partiendo del «proyecto» (el concepto sugerido por la conducta de los «otros») y pasando al «sujeto» (el concepto que el individuo tiene de sí mismo), de éste á su vez al «eyecto» (la nueva idea del «otro» ó de lo que espera de él) y viceversa. Por este proceso y especialmente por el influjo del «proyecto», es por el que entra en acción lo que el autor llama «herencia social». Solo ayudadas y corroboradas por la herencia social pueden las tendencias de la herencia física llegar á influir de un modo importante en el desarrollo del individuo. Más que una unidad social, el individuo es un producto de la sociedad. Pero éste no es más que un lado de la verdad, según el autor demuestra enseguida. Porque el individuo jamás permanece pasivo bajo la acción de las sugerencias y de los impulsos del medio social. No es solo que el proyecto se convierta en sujeto y éste en eyecto. Lo que el individuo adopta lo trabaja en diferentes interpretaciones y combinaciones: la herencia social se particulariza. La invención acompaña á la imitación; unas veces predomina ésta, otras aquélla; y en este respecto hay grandes diferencias entre los individuos. Cuando el espíritu pasa del proyecto y el sujeto al eyecto, siempre necesita poner á prueba las nuevas combinaciones ó particularizaciones en su relación con la experiencia actual. El proyecto puede imponerse como ideal al sujeto, y éste á su vez con su particularización peculiar como ideal del eyecto; y por esta relación son posibles los conflictos morales.

» Por este análisis psicológico se prepara el autor para tratar minuciosamente la cuestión propuesta (véase el prefacio á

la primera edición). En el examen de la sociedad, al tratar de descubrir y determinar su relación con el individuo, encuentra que las organizaciones sociales mismas son formas y acumulaciones de la obra de los individuos. No es correcto, pues, desde luego establecer una oposición fundamental entre el individuo y la sociedad. Tenemos que distinguir, dice, dos clases de fuerzas sociales; una la que entra en la organización del cuerpo social (las leyes, las costumbres, las maneras y las instituciones de la sociedad); la otra, se manifiesta en la actividad del individuo para particularizar y combinar,—actividad que existe en todos los grados, desde el idiota hasta el genio. Lo que ordinariamente se llama «sociedad», es la fuerza social generalizadora; y lo que ordinariamente se llama «individuo», es la fuerza social particularizadora. La evolución social resulta de la correspondencia y adaptación de estas dos fuerzas. Las variaciones y particularizaciones del individuo, hacen posibles las variaciones de la organización social, si la sociedad es capaz de generalizar el nuevo elemento que introduce la variación individual. Pero las variaciones individuales no tienen lugar de un modo vago é indeterminado (lo cual trata el autor de demostrar por medio de una investigación psicológica y biológica especial); el curso y dirección de la variación están limitados por la herencia física y social, y el nuevo elemento que se produce como una variación debe á su vez ser una particularización de anteriores generalizaciones. En la evolución de la sociedad hay siempre—como en la evolución de la conciencia individual—un continuo movimiento entre dos polos.

»Así se establece una armoniosa correspondencia y adaptación entre las dos fuerzas sociales, que ordinariamente se consideran como opuestas una á otra: el individuo y la sociedad. Pero en opinión del autor, esta adaptación no siempre se realiza. Pueden producirse conflictos en la práctica y problemas insolubles en la teoría por la colisión de estas dos fuerzas sociales. Porque hay siempre algo en el individuo que no puede generalizarse, y algo en la sociedad que no pue-

de particularizarse. Mientras dura la evolución social normal, pueden en cualquier momento surgir conflictos trágicos, que consisten en las protestas morales contra el orden social. A esta condición de lucha entre las dos fuerzas sociales, la llama el autor la «última é irreductible antinomia de la sociedad». Entre esta antinomia y la acción recíproca en armonía, hay muchas formas entre medias.

»Ciertamente que la cuestión propuesta podría y debería examinarse desde más puntos de vista que los que el autor ha tomado, por su amplio uso del método psicológico y genético. Pero por el uso original, profundo y penetrante que hace de este método, ha aclarado realmente las nociones que deben usarse en el estudio de esta cuestión, y, por consiguiente, ha adelantado bastante hacia su solución. En efecto, las últimas partes de la Memoria, en que se hace aplicación de los resultados obtenidos por este método, son extremadamente cortas, no sólo en sí mismas, sino también en comparación con las partes anteriores, que constituyen un ensayo psicológico muy completo. Sin embargo, el autor indica, con suficiente claridad, las consecuencias de sus investigaciones para el problema propuesto.»

No habría espacio para la aplicación de estas observaciones á los puntos de la crítica que hace M. Dewey. Creo que el lector verá, en la mayor parte de los casos, cómo los puntos de vista material y genético libran de todo obstáculo (1). Por ejemplo, mi concepto de la «publicidad», del sentido moral, se califica de contradictoria, porque es «cuantitativa» (suponiendo que se refiere al convencimiento que otros tienen de la situación) y, á la vez, «cualitativa», esto es, de un «significado ideal». Dejando á un lado los hechos (2), no veo

(1) Contesto á la mayoría de sus críticas, sin embargo, en las diversas notas que siguen.

(2) Las afirmaciones: «La publicidad consiste en la posesión actual del mismo contenido por dos ó más agentes», y «Una idea no moral en su origen, llega á serlo cuando se sabe que otro la acepta»—con la consecuencia de la «legislación moral por las mayorías» (págs. 407-8 del artículo del Pr. De-

la contradicción. Si el ideal es una síntesis de las ideas del *ego* y del *alter*, obtenida mediante el contacto social actual y el juicio recíproco, la relación ideal viene á ocupar el sitio del contacto social. Pero esta relación ideal puede siempre confirmarse concretamente, y en los términos de la actitud del yo, sólo por las vías sociales originales. El juicio particular, en materias éticas, «necesita apelar cada vez menos á una autoridad (externa)»; pero su autoridad interna está siempre sujeta, en casos particulares, á esta apelación. El ejemplo dado por el Pr. Dewey (á saber: «nuestra más segura prueba de que una intención es mala, es nuestro disgusto cuando sabemos que hay otro que la conoce»), supone la idea de algún otro que la conoce, y, además, no escapa á la verdad genética de que el juicio del acto ha brotado en nosotros por otras experiencias en que conocíamos el juicio actual de los demás. En cuanto á la *evidencia* de que otros conocen el hecho, yo me he tomado buen trabajo en el libro (Secs. 198 y siguientes), de decir, sólo del caso *negativo* (esto es, en que sabemos que el hecho es completamente privado), que nuestra competencia ética es escasa, no que necesitemos demostración en el caso positivo. En el caso negativo, los hechos debilitan los datos de la síntesis moral; en el caso positivo, la experiencia pasada refuerza el juicio moral sin esa demostración directa.

Hay solo dos puntos en que conozco que las observaciones del Profesor Dewey tocan vitalmente al asunto. Uno de ellos (pág. 405-6) es una cuestión ya puesta por el Profesor Tufts en la *Psychological Review* de Mayo de 1898, y contestada por mí en el número de Julio del mismo periódico (reproducido inmediatamente antes en este apéndice; consúltese también la Sec. 170, nota). Es éste: que lo general puede ser á la vez informe é indiferenciado, y una generalización de ideas concretas. Yo sostengo que hay siempre

wey) — no puede, con justicia, atribuírsele desde ningún «punto de vista».

en una idea general más que el contenido que constituye la clase objetiva; hay un mayor alcance, una relación prospectiva, un fin, que está todavía indiferenciado. En el yo general esto constituye el balance «proyectivo», inabsorbido, del material personal que establece las copias imitativas y, en el superior desarrollo, la ley ética para el niño (1).

La otra objeción opuesta por el Profesor Dewey es la de si mi doctrina de la identidad de contenido de los individuos, necesaria para la sociabilidad, tiene en cuenta mi otra doctrina «oficial» de que lo general, como tal, es una actitud motora. Contesto: Naturalmente que la tiene en cuenta, y hubiera dado más explicaciones en el texto si no hubiera ya tratado (¡oficialmente!) la psicología de lo general en la obra anterior (*Mental Development*). La identidad de contenido es esencial á la identidad de las actitudes motoras (esto es, personales) en que últimamente consisten el yo general y la conciencia social; me he tomado los mayores trabajos para decir, en el capítulo sobre la «Inteligencia», que las actitudes son funciones de las ideas. Dada la identidad de la idea del yo, las actitudes que constituyen la personalidad general y social se siguen—por inadecuado que sea el contenido actual para establecer la socialidad (2). Las objeciones del Profesor Dewey son verbales y lógicas (3) y no se refiere á

(1) Conf. la objeción de Mr. Dewey (pág. 405) de que el proceso eyectivo se produce á veces como un *alter* que lo practica, y otras veces como resultante de la confirmación social. El primero es el contenido considerado como concreto y solo tocante al hábito; el último es la copia proyectiva por imitación; el último puede utilizarse, sin embargo, y aprenderse, solo por la imitación que conduce á la acomodación. ¿Quién no ha visto á un niño tiranizar á un compañero de juego y después cambiar la situación por entero? Ambos son sociales, pero representan fases diferentes del proceso objetivo.

(2) Véase cómo el Profesor Caldwell admite esta relación como necesaria en la psicología de mi libro (citado en el Prefacio de esta edición).

(3) Conf. op. 402, líneas 13-14, donde toda la cuestión gira alrededor del uso de la palabra «social» en dos sentidos, «organización social», en el sentido de *para el espectador*, é «interpretación social», en el sentido de *subjetiva para el individuo*,

lo que para mí es el punto esencial, á saber, que al pensar en sí mismo el individuo adopta una actitud general é ideal en consonancia con una situación social. Para mí no es la identidad de contenido, como el Profesor Dewey parece suponer (págs. 399, 402, 403, 404), lo que produce inmediatamente la sociabilidad; sino la actitud común que el individuo adopta, ya esté el contenido idéntico determinado como contenido del *ego*, ó como contenido del *alter* (conf. Apéndice D). Esta consideración y el reconocimiento del método genético destruyen completamente la crítica contenida en la pág. 402 de su artículo. Así, en el sumario final, donde el Profesor Dewey dice que yo he afirmado felizmente los tres conceptos «contradictorios» del *socius*, es preciso tener presente aquellas indicaciones. El *socius* (b) (1) es el contenido, la idea concreta idéntica que sirve para mí y para los demás. Es el *socius* en tanto que este personaje tiene una determinación concreta. Es el contenido idéntico en cada yo concreto. El *socius* (a) es el yo retrospectivo, histórico, psicológico, que ha experimentado placeres, dolores, etc., con las demás personas. No es contenido, puesto que es diferente de (b); pero el contenido (b) despierta la actitud (a). Este es el yo de hábito que domina sobre los otros yo. El *socius* (c) es el yo general, *qua* ideal, proyectivo y prospectivo: tampoco es contenido, porque asimismo es una actitud provocada por el contenido (a). Decir que estas tres cosas se contradicen y anulan una á otra, es (*me judice!*) absurdo, excepto en una psicología abstracta. Genéticamente son fases de un proceso sufrido por un contenido. Lo esencial para todo esto es una situación social que cada individuo mantiene y realiza por medio de su evolución personal. Los diferentes pasajes que se discuten podrán ciertamente escribirse mejor, pero tales como son no me parece que carezcan de fundamento.

¡y se sostiene que la ambigüedad es mía! (Véase también la pág. 403, párrafo del medio.)

(1) Véanse los símbolos del Profesor Dewey en la página 409 de su revista.

Para concluir, debo decir que no creo que el Pr. Dewey no haya escrito con la inteligencia y el deseo evidente de ser justo, y siento, por lo mismo, no encontrar sus observaciones más pertinentes. El que su espíritu y su corazón confunda de tal modo mis suposiciones fundamentales, me hacen pensar que hay alguna divergencia real entre su «sistema aperceptivo» y el mío. También se me permitirá que diga que á veces encuentro el lenguaje del Profesor Dewey algo ininteligible. Por ejemplo, el primer párrafo de la página 403, no tiene para mí ni un vislumbre de significado, excepto cuando declara que «se nos dice sencillamente que hay individuos que no son sociales»,—lo cual debe haber dicho él en algún sitio, yo no. Si su afirmación se refiere á la cita que acababa de hacer inmediatamente antes, tomada de mi obra, respecto de que el individuo completamente socializado—cuyas leyes y sanciones fuesen absolutamente iguales á las de sociedad—es mítico, aquella afirmación constituye una incomprensible mala inteligencia. Naturalmente entiendo que hay variaciones en la facultad social de los individuos,—cosa no difícil de confesar—y que la ciencia necesita suponer un valor medio; y que las conclusiones no pueden limitarse á casos concretos, puesto que el valor medio raras veces ó jamás se da en la realidad. ¿Dónde está la afirmación del «individuo que no es social»?

Así, también en la nota al mismo párrafo me cita, diciendo que «la sociedad lo desata sólo para reanudarlo», hablando del «lazo entre el individuo y la sociedad». Francamente, esto es atribuirme una falta de sentido. Lo que yo dije es esto: «Siempre es posible un conflicto entre el individuo y la sociedad. Este conflicto es sólo resoluble por la evolución de la sociedad... y la sociedad lo resuelve sólo para renovarlo siempre.» Precisamente uno de los fines del libro es mostrar cómo el progreso de la sociedad existe gracias á la constante solución de las oposiciones que las ideas individuales producen, y que al producir nuevos pensadores y nuevas ideas, la sociedad renueva siempre y otra vez la oposi-

ción en otro plan. Si el Profesor Dewey desea un arreglo final de todos los conflictos entre los individuos y la sociedad, entonces estoy de acuerdo con él en que mi conclusión no «concluye», porque es una parte de mi conclusión el que el conflicto sea en sí mismo un momento esencial en el progreso social.

III. *El Pensamiento Selectivo; réplica á Mr. Bosanquet.*

Mr. Bosanquet establece la crítica positiva de que yo no desarrollo un punto de vista exacto acerca del proceso de acomodación selectiva, en virtud del cual, «el espíritu puede apropiarse una ley ó un principio, el esquema de un conjunto, y, natural y necesariamente, diferenciar sus reacciones, en consonancia con el significado de aquel principio, en la nueva situación que se le presenta» (*Mind*, 1899, pág. 174). Esta objeción queda contestada, creo yo, con las notas dadas en la Sección sobre el «pensamiento selectivo» (Sec. 78), con las precedentes secciones acerca de la naturaleza de la invención (Secs. 54-57), y explicadas en mis últimos «Discursos presidenciales» (incluidos en el volumen *Development and Evolution*). En pocas palabras, yo sostengo que en cada caso de los enunciados, el «esquema del conjunto» es, á su vez, producto de una anterior acomodación activa (ó de varias); no sólo la acción resulta de la selección de ideas, sino que las ideas son la imagen de anteriores acciones adaptadas. Así, en cada caso, admitir el «esquema del conjunto» acabado, equivale á admitir la organización anterior—lo que en mis «Discursos presidenciales» llamaba yo la «*platform*»—por la cual el pensador es capaz de formar juicio de la nueva situación. El proceso general, por el cual se efectúa toda acomodación, debe ser más profundo de lo que supone la admisión de un plan que no tiene génesis, á menos que no recurramos á la intuición ó á alguna otra forma de la «armonía preestablecida entre las ideas y las cosas». En mi opinión, todo el proceso contiene las siguientes fases: 1) la selección de las acciones que «operan» en una situación dada; 2) la correspon-

diente y consiguiente supervivencia de las ideas que son funciones de aquellos actos que han sido objeto de la selección; y 3) el «sistema del conjunto», construido de este modo, y que se emplea en nuevas situaciones; esto último no es más que el progreso del espíritu, que procede de las dos fases antes mencionadas de su evolución. En una palabra, la doble verdad psicológica de que, *a)* «lo que hacemos es función de lo que pensamos», y *b)* «lo que debemos pensar es función de lo que hemos hecho»—formulada en la Sec. 57—satisface el caso, puesto que admite que la «selección funcional» de los movimientos, á partir de las variaciones de ellos—constantemente repetida, á partir de una base progresiva,—es el método actual de la acomodación motora. En el caso citado por Mr. Bosanquet (*loc. cit.*, pág. 174)—la construcción de su nueva casa—debería decir que el plano del conjunto está formado de partes, cada una de las cuales está tomada imitativamente de otras casas ó planos de casas, ó elegida por el propietario mismo de entre las variaciones alternativas de las ideas, por el proceso de producir nuevas combinaciones realizables, indicado antes. No podría yo haber deseado un ejemplo más feliz.

Añadiré que no puedo comprender cómo Mr. Bosanquet puede dudar, según dice, en cuanto á la posible clasificación de mi humilde personalidad como «asociacionista.» Todas mis publicaciones psicológicas han sido desde un principio tan diametralmente opuestas al asociacionismo, como puede serlo una teoría de la apercepción basada en la unidad y sinergia motora. También soy de la opinión de que Mr. Bosanquet encontrará en las últimas obras del Dr. Stout, del cual toma la teoría de la «sugestión relativa», pruebas de que aquel notable escritor se inclina á completar sus ideas, por el lado genético, con una teoría de la selección motora.